

NARRATIVA

Un portugués crítico y valiente

La *pelirroja*, que mezcla erotismo y crítica social, permite asomarse a la obra de Fialho de Almeida, un clásico moderno que conjugó experimentación y cotidianidad.

LA PELIRROJA

Fialho de Almeida
Traducción de Antonio Sáez Delgado
Periférica. Cáceres, 2006
160 páginas. 11 euros

MIGUEL BAYÓN

José Valentim Fialho de Almeida (1857-1911) es eso que en toda literatura se conoce como un raro. Fue portugués, de cuna rural, vivencias inequívocamente lisboetas y literatura cosmopolita. Su existencia consistió en una constante lucha contra la miseria y en una apasionada relación con la bohemia, el lado mefítico de las cosas, la necesidad de que en el mundo lata la ternura. La interpretación más freudiana de su universo literario le vincula con una infancia de mancebo de farmacia y noches pasadas estridido o encogido en un tablón, pero sobre todo una infancia repleta de gentes nimbas por la pobreza, que se le ponían incesantemente delante.

En Portugal es un nombre que suena a todo el familiarizado con la literatura, pero el tiempo le ha privado de lectores. Un poco como sucede con escritores como Afonso Duarte o Faure da Rosa. Tiempo hubo en la vida de Fialho en que su libro *Os gatos* formaba parte de los estudios escolares. También alcanzó repercusión *O país das uvas. A ruiva (La Pelirroja)* apareció en una revista en 1978, y le retrata perfectamente como alguien a caballo de la tradición y la modernidad.

El estilo de esta obra de juventud es ya muy suyo: siempre veloz, inesperado; lo impulsa una compasión afilada. Es sobre todo la historia de una muchacha empapada de miseria, crecida en ambiente de sepulturas y vinox, y también la historia de su enamorado, con más oportunidades de sobrevivir simplemente porque es hombre, y varias



Fialho de Almeida.

historias de personajes sórdidos, de alcahuetas y penderos. Fialho narra tanto a lo posromántico como con morbosidad modernista, pero nunca renuncia, en su deriva casi esperpéntica, al naturalismo, incluso al determinismo social. Con una maestría insólita, le casan los altos vuelos con el fognazo chabacano. En estas páginas no se elude la tensión erótica, la explotación y la esperanza que acarrea el sexo en una sociedad hipócrita y corrupta; la pintura de la degradación de los pobres y el contraste con el escaparate de los ricos nunca es demagógica, sólo irrefutable.

Con Fialho, estamos lejos de la ironía límpida de un Eça de Queiroz, pero no tanto de esa apelación a que el espíritu redima de la ruina. Estamos lejos del arrebatado sentimental de Camilo Castelo Branco, pero no tanto de ese mirar cara a cara la fatalidad. Fialho, visto ahora, fue un precursor de muchas cosas; pero leído lo más directamente posible, obviando en lo posible los datos retrospectivos, nos impregna del encanto del coraje, de la imperfección, del escribir como ahora ya no se quiere escribir: en la cuerda floja.



La catedral de Manchester en el siglo XIX.

CORBIS

El afán reformista

Con esta novela se completa la obra en español de uno de los escritores que mejor retrató la época victoriana: Anthony Trollope. *El custodio* describe el entramado de la jerarquía eclesiástica, el proceso de reforma y sus consecuencias.

EL CUSTODIO

Anthony Trollope
Traducción de José Luis López Muñoz
Alfaguara. Madrid, 2005
295 páginas. 14,50 euros

FRANCISCO SOLANO

Del periodo victoriano, que dio formidables narradores, hay algunos nombres inéditos en nuestro país, y otros apenas traducidos. En la reciente y magnífica edición de *Cuentos de amor victorianos* (Alba, 2004), preparada por Marta Salís, se pueden rastrear autores de aquella época de los que conocemos únicamente el cuento ahí seleccionado. De Anthony Trollope (1815-1882) se ha elegido, en esa antología, el relato *La cueva de Malachi*, y si añadimos la novela *El doctor Thorne* (Rialp, 2003), la tercera de las seis que componen el ciclo del condado de Barchester, que se inicia precisamente con *El custodio*, tenemos ya toda su obra disponible en español.

A Trollope se debe la aportación de una minuciosa atención sobre la jerarquía eclesiástica de su tiempo, donde intereses económicos, derechos adquiridos y moralidad cristiana se mezclan armando una espesura de tácticas individuales que

atrapan a los personajes en sus propias contradicciones. La complejidad de los diversos aspectos jurídicos, de los que Trollope ofrece una nítida información para comprender el entramado de prebendas eclesiásticas, resulta tan pertinente ahora como en su época. *El custodio* se centra en el análisis del proceso de una reforma, fruto de un inconsciente sentido de la justicia, que derivará en un atropello contra un hombre bueno y que producirá nefastas consecuencias. Hay que hacer notar que el autor victoriano, por la persona interpuesta del activo narrador, se permite intervenir, en general con reflexiones acerca de sus personajes, admitiendo que utiliza sólo el comportamiento concerniente a su relato, indicando que se trata de un aspecto de su carácter, no de su entera personalidad. Esto hace de Trollope un autor tan soberanamente dueño de la materia narrativa, que no puede menos que suscitar admiración y asombro.

A su vez, la narración mantiene ejemplarmente la racionalidad de una exposición notarial de los hechos; no desciende al uso de efectos que dejan flotando el argumento, y en todo momento es de una transparencia arrolladora. El entusiasta re-

formador John Bold no prevé que el proceso que lleva a la verdad está plagado de malentendidos. Se mete en una denuncia sobre la administración de los fondos de un asilo que terminará aireada groseramente por la prensa. Ante el escándalo, Harding, el viejo custodio, en lugar de luchar por su privilegio, recurrirá a sus escrúpulos de conciencia, y admitirá que la acusación puede tener razón, dimitirá de su cargo y, sin nadie que lo reemplace, el asilo entrará en grave decadencia, privando de protección a los ancianos. Cuando comprende que su afán reformista empeora las cosas, Bold se pregunta: "¿Qué es cualquier asunto público sino un conglomerado de asuntos privados?"

Además de la perfecta articulación de la trama, *El custodio* es una galería de personajes magníficamente retratados. El bondadoso, medroso y terco Harding; sus hijas Susan (enamorada de Bold) y Eleanor, casada con el arcediano Grantly, defensor a ultranza de la Iglesia, que le impide "alcanzar una perspectiva más amplia"; el sibarita y engreído Tom Towers; el autosatisfecho jurista Abraham Haphazard... Con razón decía Henry James: "Gracias a Trollope conocemos mejor el corazón humano".